

## LAS/OS POBRES, SACRAMENTO DE DIOS



*"Dios espera con paciencia  
que yo quiera por fin consentir en amarle.  
Dios espera como un mendigo  
que está ahí de pie, inmóvil y silencioso,  
delante de alguien que tal vez  
le dé un trozo de pan.  
El tiempo es esta espera.  
El tiempo es la espera de Dios  
que mendiga nuestro amor»  
Simone Weil*

Hay palabras que no se pueden leer sin dejarse afectar. Hay realidades que no se pueden nombrar sin que nos descoloquen por dentro. Y hay rostros -los rostros de las y los pobres- que no se pueden mirar sin escuchar, en lo más hondo, una pregunta que viene de Dios: "¿Dónde está tu hermano?"

Como se señala en distintas páginas de la Revista CLAR, la exhortación apostólica *Dilexi Te*, del papa León XIV, ha vuelto a colocar en el centro de la vida eclesial una verdad tan antigua como siempre nueva: *las/os pobres no son un tema más, sino un lugar teológico, un lugar de encuentro. No son un problema que resolver, sino un misterio que acoger.* No son solo destinatarios de nuestra misión, sino *sacramento vivo del Dios que se nos revela y nos espera como un mendigo que está ahí de pie, inmóvil y silencioso*, como nos lo recuerda Simone Weil.

En el corazón del Evangelio, resuena una y otra vez una afirmación desconcertante: nadie ha visto nunca a Dios. Y, sin embargo, ese Dios invisible ha querido hacerse visible. ¿Dónde? No en lo abstracto, no en ideas puras, no en una espiritualidad desencarnada. Se hace próximo en la carne concreta, frágil, herida de la historia. En Jesús -pobre, marginal, entregado- *Dios ha elegido la periferia como lugar de su revelación.*

Y desde entonces, ese mismo misterio se prolonga.

Hoy, el rostro de Cristo se deja encontrar en la sed de millones que no tienen agua, en la soledad de quienes sobran en nuestras ciudades, en la migración forzada, en la violencia que desfigura vidas, en las heridas

silenciosas del alma. *Son muchos los rostros, múltiples las pobreza, pero una sola la certeza: en ellos, Dios sigue pasando.*

Por eso, esta Revista CLAR no quiere ser solo un espacio de reflexión, sino *una invitación a contemplar y a convertirnos*. Porque hablar de *los pobres como sacramento de Dios no es una metáfora piadosa: es una afirmación que compromete toda nuestra fe como seguidoras y seguidores de Jesucristo.*

La primera comunidad cristiana lo había comprendido con una claridad desarmante: *no hay Eucaristía sin comunión de vida. No hay "fracción del pan" sin "puesta en común". No hay altar sin mesa compartida. Sin koinonía, la Eucaristía se vacía de su verdad más profunda. Y hoy, como entonces, nos acecha un cisma silencioso: separar el sacramento del altar del sacramento de la/el hermano.*

El papa Francisco lo señaló con mucha fuerza: la Eucaristía nos compromete con las/os pobres. Es escuela de caridad, impulso de justicia, llamada a salir de nosotras/os mismos. No es refugio intimista, sino fuego que enciende la historia. *Adorar a Cristo implica reconocerlo en el hambriento, en el sediento, en el extranjero, en el enfermo, en el encarcelado...* Allí donde, tantas veces, nos cuesta mirar.

Y, sin embargo, es precisamente allí donde se nos concede el encuentro más verdadero.

Como dice el cardenal José Tolentino de Mendonça, nuestras lágrimas —cuando no son evasión sino compasión— pueden convertirse en hospitalidad radical. *Nuestra presencia —cuando es humilde, cercana y solidaria— puede volverse palabra que consuela: "no estás solo".* A veces no podremos detener el dolor, pero sí ofrecer un gesto, una escucha, un pan compartido. Y en esa pequeñez, acontece el Reino.

Porque las periferias no son solo geografías externas. Son también territorios del alma: lugares donde habita la fragilidad, la búsqueda, el anhelo de sentido. Y es ahí donde Dios nos espera.

Como Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, esta llamada es un imperativo urgente. No se trata solo de hacer más por las/os pobres, sino de dejarnos evangelizar por ellas/os: reconocer su magisterio silencioso, su sabiduría que desinstala, su capacidad de revelarnos lo esencial.

*Ellas/os no solo necesitan de nuestra cercanía: nosotras/os necesitamos de su presencia para reencontrarnos con el Evangelio.*

La opción por las/os pobres no es una estrategia pastoral ni una sensibilidad cultural. *Es una dimensión constitutiva de la fe.* Es camino de santidad. Es participación en el movimiento mismo de Dios, que se abaja, que se acerca, que se hace pequeño para levantar a las/os pequeños.

Por eso, esta edición quiere ser también una provocación a nuestras vidas muchas veces amenazadas por la tentación de replegarnos sobre nosotras/os mismos. Y, con profunda honestidad, nos deja una pregunta: ¿de qué lado estamos escribiendo la historia?

Hoy, en medio de un mundo herido por la desigualdad —donde la sobreabundancia de unos y la carencia de tantos—, la Vida Religiosa no puede desoír la llamada a dejarse transformar. Estamos invitadas e invitados a salir de nuestra autorreferencialidad, a romper las burbujas que tantas veces nos resguardan y nos contienen, y disponernos a nuevos éxodos. Solo así podremos habitar las fronteras, escuchar los clamores y permitir que la realidad nos toque, nos duela y nos transforme desde dentro.

Solo así podremos redescubrir quiénes somos.

Porque, en definitiva, el camino del seguimiento de Jesús no consiste solo en buscar a Dios, sino en dejarnos encontrar por Él. Y Él ha querido quedarse —misteriosa, real y definitivamente— en la carne sufriente de las/os pobres.

*Allí nos espera.*

*Allí nos habla.*

*Allí nos envía.*

Que a la luz de la Pascua del Crucificado que vive, estas páginas nos ayuden a abrir los ojos, a ensanchar el corazón y a poner los pies en camino.

*José Luis Loyola MSpS*